

trasladaron su corazón al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazón tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mismos se espantan tanto desta mudanza, que les parece no ser ellos los que ántes eran, ó que les han trocado los corazones: tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos, y no son ellos; porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mismos cuanto á la gracia; pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della. Esto es lo que promete el mismo Señor por Isaías; diciendo (a): Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los ríos no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿qué aguas son estas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada día se ofrecen en ella? Y ¿qué fuego es este, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios (b), de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos? Pues el que en medio destas agnas y destas llamas en que todo el mundo generalmente pelagra, persevera sin quemarse; ¿cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Santo, y la virtud del favor divino? Esta es aquella paz que, como dice el Apóstol (c), sobrepaja todo sentido; porque ella es un tan alto, y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo.

Mas el que esto siente, alaba y reconoce al hacedor destas maravillas, diciendo con el Profeta (d): Venid y ved las obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo: Dejad las armas, y vivid en paz y reposo; para que veais como yo soy Dios, ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas rica, mas dulce, y mas para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazón, y esta bienaventurada paz?

Y si pasares mas adelante, y quisieres saber cuáles sean las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estos privilegios de la virtud que habemos dicho; porque así como en la cadena de los vicios unos estan trabados con otros, que son causa dellos; así en la escala de las virtudes, unas tambien tienen esta misma dependencia de las otras, de tal modo, que la mas alta así como produce de sí mas frutos, así tiene mas raíces de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los doce frutos del Espíritu Santo (e), nasce destos frutos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la misma virtud, cuya compañera indivisible ella es; porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así tambien se le debe la paz interior, la cual juntamente es fruto y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos), estando estas domadas, y enfrenadas con las mismas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios

(a) Isai. 43. (b) Dan. 3. (c) Philip. 4. (d) Psal. 45. (e) Galat. 5.

y desasosiegos. Y esta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra; del cual dice el Apóstol (f): El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz, y alegría en el Espíritu Santo. Donde por la justicia (según la costumbre de la lengua hebrea), se entiende la misma virtud y sanctidad de que aquí tratamos; en la cual juntamente con estos dos frutos admirables, que son paz, y alegría en el Espíritu Santo, consiste la felicidad y bienaventuranza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mismo Señor claramente por Isaías así: La paz será obra de la justicia, y el fruto desamisma justicia será el silencio, y seguridad perpetua; y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso hartoy abundoso. Y llama aquí silencio á la misma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones, que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como despues de conquistada y señoreada una tierra, y subjectados los moradores de ella, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta debajo de su higuera, y de su parra, sin temor ni recelo de enemigos; así despues de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior, y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradicción importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras, y estaban apoderadas del hombre lo revolvan, y alteraban todo; así agora cuando el hombre está libre de la tiranía dellas, y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa, y le perturbe la paz.

Lo tercero nasce tambien esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos, con las cuales de tal manera se satisfacen y adormecen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entónces están quietos, y satisfechos con la parte que les cabe destos relieves de la porción superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios, y la irascible se quieta viendo á su hermana satisfecha y contenta. Y así queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participacion y gusto del sumo bien.

Lo cuarto nasce tambien esta paz del testimonio y alegría interior de la buena consciencia (de que arriba tratamos) que da grande quietud y descanso al ánima del justo; aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Ultimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de quien tambien tratamos); porque esta señaladamente les hace estar quietos y consolados aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza, que es por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo; debajo de cuyo amparo con mucha razon viven quietos, cantando con el Profeta (g): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca desta nasce la paz de los justos, y el

(f) Rom. 14. (g) Psal. 4.

remedio de todos sus males; porque ¿qué razon tiene para congojarse quien tiene tal valedor?

#### CAPITULO XXI.

Del nono privilegio de la virtud, que es de cómo oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos.

Tienen tambien otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oídos de Dios en sus oraciones; lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo. Uno material, y otro espiritual; y ambos por una misma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noé (a), no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en una arca; porque todo se lo tragarón las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nació del primer pecado, fué mucho mayor que este; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados, y venideros; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recibido, como se ve claro en un niño recién nacido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas (b). Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo esta desorden en el mundo; porque no alcanzaron la causa dello, que fué el pecado. Porque veían que solo este entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites; á solo este fatiga la avaricia, la ambición, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura, y de lo que despues della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida mas frágil, ni la cobdicia mas encendida, ni el miedo mas sin propósito, ni mas rabiosa la ira. Veían tambien á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades, y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas; veíanlos proveídos de todo lo necesario sin trabajo, y sin cuidado. Mas al hombre miserable veían subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores, así de cuerpo como de ánima, así suyos propios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige, y lo que está por venir le congoja; y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabariamos á este paso de contar las miserias de la vida humana, la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los dias della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja (c). Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabían si la naturaleza nos habia sido madre, ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nacer, ó á lo

(a) Genes. 7. (b) Innocentius de Vititate conditionis humane. (c) Job. c. 7.

ménos morir luego acabando de nacer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieron despues de experimentada: esto es, si fuera posible probarla ántes de recibirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habiamos recibido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado, que navegando por la mar, en una tempestad perdió toda su hacienda; sino que, pues ni tiene patrimonio, ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenia, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo (d): Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Y no ménos significó esto mismo el sancto rey Ezequías, cuando dijo (e): De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida; mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre, y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo día de vida seguro; y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decia este sancto varón con ser rey, y grande rey; pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mesmo remedio en todas sus necesidades, y así con este mesmo espíritu y sentimiento decia (f): Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oracion á él. Derramo en presencia del mi oracion, y doile cuenta de mi tribulacion, cuando mi espíritu fatigado comienza á desfallecer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperanza; cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oracion, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

¿Preguntarás por ventura, si es este seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida? A esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad), no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los apóstoles y profetas, entre los cuales dice uno así (g): No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Estas son palabras de Dios, salidas por boca de un hombre, las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie, ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire; sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadeciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. ¿Pues qué mayor consuelo para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto mas lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mesmo Señor en su Evangelio, donde dice (h): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han? ¿Pues qué prenda mas rica que esta? ¿Quién dudará des-

(d) 2. Par. 20. (e) Isai. 58. (f) Psal. 41. (g) Deut. 4. (h) Matth. 7. Luc. 11.

tas palabras? ¿Quién no se consolará con esta cédula real en todas sus oraciones?

Pues este es uno de los mayores privilegios que tienen los amadores de la virtud en esta vida: conocer que estas tan ricas y seguras promesas principalmente dicen á ellos. Porque una de las señaladas mercedes que nuestro Señor les hace en pago de su fidelidad y obediencia, es que él les acudirá, y oirá siempre en todas sus oraciones. Así lo testifica el santo rey David, cuando dice (a): Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Y por Isaías promete el mismo Señor, diciendo (b): Entónces (conviene á saber, cuando hubieres guardado mis mandamientos) invocará, y el Señor te oirá; llamarás, y decirte ha: Cá-tame aquí presente para todo lo que quisieres. Y no solo cuando llaman, sino aun ántes que llamen promete por este mismo profeta que los oirá. Mas á todas estas promesas hace ventaja aquella que el Señor promete por Sant Joan, diciendo (c): Si permaneciéredes en mí, y guardáredes mis palabras, todo cuanto quisiéredes, pediréis, y hacerse ha. Y porque la grandeza desta promesa parecia sobrepujar toda la fe y credulidad de los hombres, vuélvela á repetir otra vez con mayor afirmación, diciendo (d): En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre os será concedida. ¿Pues qué mayor gracia, qué mayor riqueza, qué mayor señorío que este? Todo cuanto quisiéredes (dice) pediréis, y hacerse ha. ¡Oh palabra digna de tal prometedor! ¿Quién pudiera prometer esto, sino Dios? ¿Cuyo poder se extendiera á tan grandes cosas, sino el de Dios? Y ¿qué bondad se obligara á tan grandes mercedes, sino la de Dios? Esto es hacer al hombre en su manera señor de todo; esto es entregarle las llaves de los tesoros divinos. Todas las otras dádivas y mercedes de Dios, por grandes que sean, tienen sus términos en que se rematan; mas esta entre todas (como dádiva real de Señor infinito) tiene consigo esta manera de infinidad, porque no determina esto ni aquello, sino todo lo que vosotros quisiéredes, siendo cosa conveniente para vuestra salud. Y si los hombres fuesen justos apreciadores de las cosas, ¿en cuánto habian de estimar esta promesa? ¿En cuánto estimaría un hombre tener tanta gracia y cabida con un rey, que hiciese dél todo lo que quisiese? Pues si en tanto se preciaría esto con un rey de la tierra, ¿cuánto mas con el Rey del cielo?

Y porque no pienses que esto es decir, y no hacer, pon los ojos en las vidas de los santos, y mira cuántas y cuán grandes cosas acabaron con la oracion. ¿Qué hizo Moisen en Egipto, y en todo aquel camino del desierto con la oracion? ¿Qué no acabaron Elías y Eliseo su discípulo con oracion? ¿Qué milagros no hicieron los apóstoles con oracion? Con esta arma pelearon los santos, con esta vencieron á los demonios, con esta triunfaron del mundo, con esta se enseñorearon de la naturaleza, con esta volvieron en rocío templado las llamas del fuego, con esta aplacaron y amansaron la saña de Dios, y alcanzaron dél todo lo que quisieron. De nuestro padre Sancto Domingo se escribe haber descubierto á un grande amigo suyo, que ninguna cosa jamas habia pedido á nuestro Señor que no la hubiese alcanzado. Y como el amigo le respondiese que pidiese á Dios para religioso de su orden al maestro Reginaldo, que era un famoso hom-

(a) Psal. 33. (b) Isai. 65. (c) Ioann. 15. (d) Ioann. 16.

bre en aquellos tiempos, el sancto varon hizo aquella noche oracion por él, y otro día por la mañana, comenzando el himno de prima, *Iam lucis orto sidere*, entró aquel nuevo lucero por el coro, y echado á los piés del sancto varon, le pidió humildemente el hábito de su orden. Este es pues el galardón prometido á la obediencia de los justos, que pues ellos son tan fieles y obedientes á las voces de Dios, así tambien lo sea en su manera á las voces dellos; y pues ellos responden á Dios cuando los llama, les pague él (como dicen) á torna peon en la mesma moneda, respondiéndolo á su llamado. Y por esto dice Salomon que el varon obediente hablará victorias (e); porque justo es que haga Dios la voluntad del hombre, cuando el hombre hace la de Dios.

Mas por el contrario, de las oraciones de los malos dice Dios por Isaías (f): Cuando estendiéredes vuestras manos apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no las oiré. Y por Hieremías los amenaza el mismo Señor, diciendo (g): En el tiempo de la tribulacion dirán: Levántate, Señor, y libranos; y responderles ha: ¿Dónde están los dioses que adorastes? Pues levántense esos, y librente en el tiempo de la necesidad. Y en el libro del Sancto Job se escribe (h): ¿Qué esperanza tendrá el malo habiendo robado lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? Y Sant Joan en su canónica dice (i): Hermanos muy amados, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos en Dios que alcanzaremos todo lo que pidiéremos; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que es agradable á sus ojos. Conforme á lo cual dice David (k): Si cometí maldad en mi corazon, no me oirá Dios; mas porque no la cometí, oyó él mi oracion.

Destos lugares hallarémolos otros infinitos en las Escrituras sagradas; para que por todo esto veas la diferencia que hay de las oraciones de los buenos á las de los malos, y por consiguiente la ventaja que hay del partido de los unos al de los otros; pues los unos son oídos y tratados como hijos, y los otros despedidos comunmente como enemigos. Porque como no acompañan su oracion con buenas obras, ni con aquella devocion ni fervor de espíritu, ni con aquella caridad y humildad, no es maravilla que no sea oída; porque (como dice muy bien Cipriano) no es eficaz la petición cuando es estéril la oracion. Verdad es que aunque esto generalmente sea así, pero es tan grande la bondad y largueza de Dios, que algunas veces se extiende á oír las oraciones de los malos; las cuales aunque no sean meritorias, no dejan de ser impetratorias; porque, como dice Sancto Tomas (l), el merecer nasce de la caridad; mas el impetrar, de la infinita bondad y misericordia de Dios, la cual algunas veces oye las oraciones de los tales.

#### CAPITULO XXII.

Décimo privilegio de la virtud, que es el ayuda y favor de Dios que los buenos reciben en sus tribulaciones; y por el contrario la impaciencia y tormento con que los malos padescen las suyas.

Otro maravilloso privilegio tiené tambien la virtud, que es alcanzarse por ella fuerzas para pasar alegremente por las tribulaciones y miserias que en esta vida no pueden faltar. Porque sabemos ya que no hay mar en el mundo tan tempestuoso y tan instable como esta vida es; pues no hay en ella felicidad tan segura, que no esté sub-

(e) Prov. 21. (f) Isai. 4. (g) Hierem. 2. (h) Job 27. (i) 1. Ioann. 5. (k) Psal. 56. (l) 2. 2. q. 85. art. 45 et 46.

pecadores, y salvarlos ha; porque en él pusieron su esperanza.

Y en otra parte muy mas claramente dice el mismo Profeta (h): ¿Cuán grandes son, Señor, los bienes que habeis hecho á todos los que esperan en vos en presencia de los hijos de los hombres? Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro, de las tribulaciones y persecuciones de los hombres; y defenderlos heis en vuestro tabernáculo de la contradiccion de las lenguas. Por lo cual sea bendito el Señor, que tan maravillosamente usó conmigo de su misericordia, defendiéndome y asegurándome, como si estuviera en una ciudad de guarnicion; estando yo tan derribado y caído en medio de la tribulacion, que me parecia estar ya desamparado y desechado de la presencia de vuestros ojos. Mira pues cuán á la clara nos enseña aquí el Profeta el favor y amparo que los justos tienen de Dios en lo mas recio de su tribulacion. Y es mucho de notar aquella palabra que dice: esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro. Dando á entender (como dice un intérprete) que así como cuando los reyes de la tierra quieren guardar á un hombre muy seguro, lo encierran dentro de su palacio, para que no solamente las paredes reales, mas tambien los ojos del rey lo defiendan de sus enemigos (que no puede ser mejor guarda), así aquel Rey soberano defiende los suyos con este mesmo recaudo y providencia. De donde vemos y leemos que muchas veces los santos varones, cercados de grandísimos peligros y tentaciones, estaban con un ánimo quieto y esforzado, y con un rostro y semblante sereno; porque sabian que tenian sobre sí esta guarda tan fiel que nunca los desamparaba, ántes entónces se hallaba mas presente, cuando los veia en mayor peligro. Así lo hizo él con aquellos tres santos mozos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia (i), entre los cuales andaba el ángel del Señor convirtiendo las llamas de fuego en aire templado. De lo cual espantado el mesmo tiranno, comenzó á decir: ¿Qué es esto? ¿no eran tres hombres los que echamos en el fuego atados? ¿Pues quién es aquel cuarto que yo veo tan hermoso, que parece hijo de Dios? ¿Ves pues cuán cierta es la compañía de nuestro Señor en el tiempo de la tribulacion? Y no es menor argumento desta verdad lo que hizo este mesmo Señor con el sancto mozo Josef, despues de vendido por sus hermanos (k); pues, como se escribe en el libro de la Sabiduría (l), decendió con él á la cárcel, y estando en medio de las prisiones, nunca le desamparó hasta que le entregó el sceptro y señorío de Egipto, y le dió poder contra los que le habian afligido, y mostró que habian sido mentirosos los que le habian infamado y puesto mácula en su gloria. Los cuales ejemplos manifestamente nos declaran la verdad de aquella promesa del Señor, que por el Salmista dice (m): Con él estoy en la tribulacion; librarlo he, y glorificarlo he. Dichosa por cierto la tribulacion, pues merece tal compañía. Si así es, démos todos voces con San Bernardo, diciendo: Dame, Señor, siempre tribulaciones; porque siempre estés conmigo.

Júntase tambien con esto el socorro y favor de todas las virtudes, las cuales concurren en este tiempo á dar esfuerzo al corazon afligido, cada una con su lanza. Porque así como cuando el corazon está en algun aprieto, toda la sangre acude á socorrerle, porque no desfallezca, así tambien cuando el ánimo está apretado y puesta en

jecta á infinitas maneras de accidentes, y desastres nunca pensados, que á cada hora nos saltean. Pues es cosa mucho para notar, veer cuán diferentemente pasan por estas mudanzas los buenos y los malos. Porque los buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que él es el que les envía aquel cáliz (como una purga ordenada por mano de un médico sapientísimo para su remedio, y que la tribulacion es como una lima de hierro, que cuanto es mas áspera, tanto mas alimpia el ánima del orin de los vicios, y que ella es la que hace al hombre mas humilde en sus pensamientos, mas devoto en su oracion, y mas puro y limpio en la consciencia; con estas y otras consideraciones abajan la cabeza, y humíllanse blándamente en el tiempo de la tribulacion, y aguan el cáliz de la pasion; ó (por hablar mas propriamente) águaselo el mesmo Dios; el cual, como dice el Profeta (a), les da á beber las lágrimas por medida. Porque no hay médico que con tanto cuidado mida las onzas del acibar que da á un doliente (conforme á la disposicion que tiene), cuanto aquel físico celestial mide el acibar de la tribulacion que da á los justos, conforme á las fuerzas que tienen para pasarla. Y si alguna vez acrecienta el trabajo, acrecienta tambien el favor y ayuda para llevarlo; para que así quede el hombre con la tribulacion tanto mas enriquecido, cuanto mas atribulado; y de ahí adelante no huya della como de cosa dañosa, sino ántes la desee como mercadería de mucha ganancia. Pues con todas estas cosas llevan los buenos muchas veces los trabajos no solo con paciencia, sino tambien con alegría; porque no miran al trabajo, sino al premio; no á la pena, sino á la corona; no á la amargura de la medicina, sino á la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envía; el cual tiene ya dicho que á los que ama castiga (b).

Júntase con estas consideraciones el favor de la divina gracia (como ya dijimos), la cual no falta al justo en el tiempo de la tribulacion. Porque como Dios sea tan verdadero y fiel amigo de los suyos, en ninguna parte está mas presente que en sus tribulaciones, aunque ménos lo parezca. Si no, discurre por toda la Escritura sagrada, y verás cómo apénas hay cosa mas veces repetida y prometida que esta. ¿No se dice dél que es ayudador en las necesidades, y en la tribulacion (c)? ¿No se convida él á que lo llamen para este tiempo, diciendo (d): Llámame en el tiempo de la tribulacion, y libraréte he, y honrarme has? ¿No probó esto por experiencia el mesmo Profeta, cuando dijo (e): Cuando llamé oyó mi oracion el Señor Dios de mi justicia, y ensanchó mi corazon en el día de la tribulacion? ¿No es este Señor en quien confiaba el mesmo Profeta, cuando decia (f): Esperaba yo á aquel que me libró de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? La cual tempestad no es cierto la de la mar, sino la que pasa en el corazon del pusilánime y del flaco, cuando es atribulado; que es tanto mayor, cuanto es mas pequeño su corazon. La cual sentencia confirma él con palabras muchas veces repetidas y multiplicadas, para mayor confirmacion desta verdad, y mayor esfuerzo de nuestra pusilanimidad, diciendo (g): La salud de los justos viene del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulacion; y ayudarlos ha el Señor, y librarlos ha, y defenderlos ha de los

(a) Psal. 79. (b) Hebr. 12. (c) Psal. 9. (d) Psal. 49. (e) Psal. 4. (f) Psal. 54. (g) Psal. 30.

(h) Psal. 30. (i) Dan. 5. (k) Gen. 41. (l) Sap. 10. (m) Psal. 90.